

honradas (conocía él otra clase) y las casadas honestas se rinden al buen mozo.»

—No conozco seductores corcovados ni enanos—decía, encogiéndose de hombros, las pocas veces que con sus amigos íntimos hablaba de estas cosas: solía ser después de cenar fuerte. —¿Se me habla de extravíos del gusto? Eso es lo excepcional; pero nadie querrá ser en el amor lo que es el asafétida en los olores; y sin embargo, las damas romanas de la decadencia...

Paco Vegallana acudía entonces con el testimonio de las lecturas técnico-escandalosas. Describía todas las aberraciones de la lubricidad femenil en lo antiguo, en la Edad-media y en los tiempos modernos. No había nada nuevo. «Lo mismo que hacen las parisienses más pervertidas, lo sabían y hacían las meretrices de Babilonia y de Cerbatana.»

Paco padecía distracciones cada vez que se remontaba á la historia antigua. Esta Cerbatana era Ecbátana, pero él la llamaba así por equivocación indudablemente. Ya sabía á qué ciudad se refería. Era una que tenía muchas murallas de colores diferentes. Lo había leído en la *Historia de la prostitución*; en la de Dufour no, en otra que conocía también. Era un sabio.

—Yo he leído—añadía don Alvaro en casos tales—que ha habido princesas y reinas encaprichadas y *metidas* con monos, así como suena, monos.

—Sí señor—acudía Paco á decir—lo afirma Víctor Hugo en una novela que en francés se llama *El hombre que ríe* y en español *De orden del rey*.

—Pero fuera de eso, que es lo excepcional—continuaba Mesía diciendo—hay que desengañarse, lo que buscan las mujeres es un buen *físico*.

—Eso creo yo—solía afirmar Ronzal—la mujer es así *urbicesorbi* (en todas partes, en el latín de Trabuco).

Además, don Alvaro era profundamente materialista y esto no lo confesaba á nadie. Como en él lo prin-

cipal era el político, transigía con la religión de los mayores de Paco y se reía de la separación de la Iglesia y el Estado. Es más, le parecía de mal tono llevar la contraria á los católicos de buena fe. En París había aprendido ya en 1867, cuando fué á la exposición, que lo chic era el creer como el carbonero. Spert y catolicismo, esto era la moda que continuaba imperando. Pero es claro que lo de creer era decir que se creía. Él no tenía fe alguna, «ni bendita la falta», á no ser cuando le entraba el miedo de la muerte. Cuando caía enfermo y se encontraba en la fonda solo, abandonado de todo cariño verdadero, entonces sentía sinceramente, á pesar de haber corrido tanto, no ser un cristiano sincero. Pero sanaba y decía: «¡Bah! todo eso es efecto de la debilidad.» Sin embargo, bueno era *ilustrarse*, fundar en algo aquel materialismo que tan bien casaba con sus demás ideas respecto del mundo y la manera de explotarlo. Había pedido á un amigo libros que le probasen el materialismo en pocas palabras. Empezó por aprender que ya no había tal metafísica, idea que le pareció excelente, porque evitaba muchos rompecabezas. Leyó *Fuerza y materia* de Buchner y algunos libros de Flammarión, pero estos le disgustaron; hablaban mal de la Iglesia y bien del cielo, de Dios, del alma... y precisamente él quería todo lo contrario. Flammarión no era chic. También leyó á Maleschott y á Wirchow traducidos, cubiertos con papel de color de azafrán. No entendió mucho pero se iba al grano: todo era masa gris; corriente, lo que él quería. Lo principal era que no hubiese infierno. También leyó en francés el poema de Lucrecio *De rerum natura*: llegó hasta la mitad. Decía bien el poeta, pero aquello era muy largo. Ya no veía más que átomos, y su buena figura era un feliz conjunto de moléculas en forma de gancho para prender á todas las mujeres bonitas que se le pusieran delante. Así estaba por dentro Mesía en

punto á creencias, pero á estos subterráneos no había llegado el mismo Paco, que era buen católico, según Mesía. Aquello era para él solo, mientras estaba en Vetusta. En sus viajes á París sacaba el fondo del baúl y el fondo del materialismo. Á sus queridas, cuando no eran demasiado beatas y estaban muy enamoradas, procuraba imbuirlas en sus ideas acerca del átomo y la fuerza. El materialismo de Mesía era fácil de entender; lo explicaba en dos conferencias. Cuando la mujer se convencía de que no había metafísica, le iba mucho mejor á don Alvaro.

Al recordar una hembra de las convertidas al epicureísmo solía decir don Alvaro con una llama en los ojos muy abiertos:

«—¡Qué mujer aquella!—Y suspiraba. Aquella mujer nunca había sido una vetustense. Las vetustenses tampoco creían en la metafísica, no sabían de ella, pero no pasaban por ciertas cosas.

Don Alvaro iba al lado de Ana convencido de que su presencia bastaba para producir efectos deletéreos en aquella virtud en que él mismo creía. Las palabras eran por entonces, y sin perjuicio, lo de menos. Él también solía hablar con elocuencia, al alma ¡vaya! pero en otras circunstancias; más adelante.

Paco iba detrás sin desdeñar la conversación de Petra, que se miraba hablando con el marquesito. En materia de amor la criada no creía en las clases y concebía muy bien que un noble se encaprichara y se casase con ella verbigracia. No decía que don Paquito estuviera en tal caso, ni mucho menos; pero le alababa el pelo de oro y la blancura del cutis, y por algo se empieza.

—Debe de aburrirse Vd. mucho en Vetusta, Ana—decía don Alvaro.

Buscaba en vano manera natural de llevar la conversación á un punto por lo menos análogo al que

pensaba tratar muy por largo, llegada la ocasión oportuna.

—Sí, á veces me aburro. ¡Llueve tanto!

—Y aunque no llueva. Vd. no va á ninguna parte.

—Será que Vd. no se fija en mí; bastante salgo.

Estas palabras, apenas dichas, le parecieron imprudentes. ¿Era ella quien las había pronunciado? Así hablaba Obdulia con los hombres; ¡pero ella, Ana!

Don Álvaro se vió en un apuro. ¿Qué pretendía aquella señora? ¿Provocar una conversación para aludir á lo que había entre ellos, que en rigor no era nada que mereciese comentarios? ¿Debía él extrañar aquella suposición de Ana? ¡Que no se fijaba en ella! ¿Era coquetería vulgar ó algo más alambicado que él no se explicaba? ¿Quería dar por nulo todo lo que ambos sabían, las citas, sin citarse, en tal iglesia, en el teatro, en el paseo? ¿Quería negar valor á las miradas fijas, intensas, que á veces le otorgaba como favor celestial que no debe prodigarse?

El primer impulso de Ana había sido inconsciente.

Había hablado como quien repite una frase hecha, sin sentido; pero después pensó que aquella respuesta podía servir para desanimar á Mesía dándole á entender que ella no había entrado en aquel pacto de sordomudos. Pero esto mismo era inoportuno. Era demasiado negar, era negar la evidencia.

Don Alvaro temía aventurar mucho aquella noche, y creyó lo menos ridículo «hacerse el interesante,» según el estilo que empleaban los vetustenses para tales materias. Y dijo con el tono de una galantería vulgar, obligada:

—Señora, Vd. donde quiera tiene que llamar la atención, aun del más distraído.

Y como esto le pareció cursi y algo anfibológico, añadió algunas palabras, no menos vulgares y frías.

No comprendía él todavía que aquello de *hacerse el*

interesante, si hubiera sido ridiculo tratándose de otras mujeres, era la mejor arma contra la Regenta. Ana lo olvidó todo de repente para pensar en el dolor que sintió al oír aquellas palabras. «¿Si habré yo visto visiones? ¿Si jamás este hombre me habrá mirado con amor; si aquel verle en todas partes sería casualidad; si sus ojos estarían distraídos al fijarse en mí? Aquellas tristezas, aquellos arranques, mal disimulados de impaciencia, de despecho, que yo observaba con el rabillo del ojo—¡ay! sí, esto era lo cierto, con el rabillo!—¿serían ilusiones mías, nada más que ilusiones; ¡Pero si no podía ser!» Y sentía sudores y escalofríos al imaginarlo. Nunca, nunca accedería ella á satisfacer las ansias que aquellas miradas le revelaban con muda elocuencia; sería virtuosa siempre, consumiría el sacrificio, su don Víctor y nada más, es decir, nada; pero la nada era su dote de amor. ¡Mas renunciar a la tentación misma! Esto era demasiado. La tentación era suya, su único placer. Bastante hacía con no dejarse vencer, pero quería dejarse tentar!

La idea de que Mesía nada esperaba de ella, ni nada solicitaba, le parecía un agujero negro abierto en su corazón que se iba llenando de vacío. «¡No, no; la tentación era suya, su placer, el único! ¿Qué haría si no luchaba? Y más, más todavía, pensaba sin poder remediarlo, ella no debía, no podía querer; pero ser querida ¿por qué no? ¡Oh de qué manera tan terrible acababa aquel día que había tenido por feliz, aquel día en que se le presentaba un compañero del alma, el Magistral, el confesor que le decía que era tan fácil la virtud. Sí, era fácil, bien lo sabía ella, pero si le quitaban la tentación no tendría mérito, sería prosa pura, una cosa vetustense, lo que ella más aborrecía...

Don Alvaro, que si no era tan buen político como se figuraba, la diplomacia del galanteo entendía un poco, comprendió pronto que, sin saber cómo, había acertado.

En la voz de la Regenta, en el desconcierto de sus palabras, notó que le había hecho efecto la sequedad de la vulgarísima galantería. «¿Esperaba ya una declaración? ¡Pero si mañana va á comulgar! ¿Qué mujer es ésta? ¡Una hermosísima mujer!—añadió el materialista en sus adentros al mirarla á su lado con llamas en los ojos y carmín en las mejillas.

Habían llegado al portal del caserón de los Ozores, y se detuvieron. El farol dorado que pendía del techo alumbraba apenas el ancho zaguán. Estaban casi á oscuras. Hacía algunos minutos que callaban.

—¿Y Petra? ¿Y Paco?—preguntó la Regenta alarmada.

—Ahí vienen, ahora dan vuelta á la esquina.

Anita sentía seca la boca; para hablar necesitaba humedecer con la lengua los labios. Lo vió Mesía que adoraba este gesto de la Regenta, y sin poder contenerse, fuera de su plan, *natura naturans*, exclamó:

—¡Qué monísima! ¡qué monísima!

Pero lo dijo con voz ronca, sin conciencia de que hablaba, muy bajo, sin alarde de atrevimiento. Fué una fuga de pasión, que por lo mismo importaba más que una flor insípida, y no era una desfachatez. Podía tomarse por una declaración, por una brutalidad de la naturaleza excitada, por todo, menos por una osadía impertinente, imposible en el más cumplido caballero.

Ana fingió no oír, pero sus ojos la delataron, y brillando en la sombra, buscando á don Alvaro que había retrocedido un paso en la oscuridad, le pagaron con creces las delicias que aquellas palabras dejaron caer como lluvia benéfica en el alma de la Regenta.

—Es mía—pensó don Alvaro con deleite superior al que él mismo esperaba en el día del triunfo.

—¿Quieren Vds. subir á descansar?—preguntó la dama á los caballeros, al ver llegar á Paco.

—No, gracias. Yo volveré luégo con mamá á buscarte.

—¿A buscarme?

—Sí; ¿no te lo ha dicho ese? Hoy vas al teatro con nosotros. Hay estreno; es decir, un estreno de don Pedro Calderón de la Barca, el ídolo de tu marido. ¿No sabes? Ha venido un actor de Madrid, Perales, muy amigo mío, que imita á Calvo muy bien. Hoy hacen *La Vida es Sueño*.. ¡No faltaba más! Tienes que venir. Una solemnidad! Mamá se empeña. Espera vestida.

—Pero, criatura, si mañana tengo que comulgar...

—¿Eso qué importa?

—¡Vaya si importa!

—Lo dejas para otro día. En fin, ya arreglarás eso con mamá; porque ella viene á buscarte.

Y sin atender á más, salió del portal el aturdido marquesito.

Petra ya estaba dentro, en el patio, haciendo como que no oía. «Ya sabía á qué atenerse; *era aquel*. Por lo menos aquel era uno. El Marquesito la había entretenido á ella para dejar solos á los otros. Se le conocía en que estaba tan frío. No le había dado ni un mal abrazo en lo oscuro.» Escuchó. Oyó que don Alvaro se despedía con una voz temblona y muy humilde.

—¿Irá Vd. al teatro?

—No, de fijo no—contestó la Regenta, cerrando detrás de sí la puerta y entrando en el patio.



X

Alas ocho en punto, la berlina de la Marquesa venía arrancando chispas por las mal empedradas calles de la Encimada; llegaba á la Plaza Nueva y se detenía delante del caserón arrinconado.

La Marquesa, de azul y oro, luciendo asomos de encantos que fueron, hoy mustios collados, con las canas teñidas de negro y el tinte empolvado de blanco, entraba en el comedor de la Regenta abriendo puertas con estrépito.

—¿Cómo? ¿qué es esto? ¿no te has vestido?

—¡Qué terca!—exclamó Paquito, que acompañaba á su madre.

Don Víctor inclinó la cabeza y encogió los hombros, dando á entender que no era responsable de aquella terquedad.